

EL DOCTOR GÓNZALO CASTAÑEDA *

GUSTAVO BAZ
Académico de número

Señores Académicos
Señoras, señores:

Es difícil que en este recinto pudiera encontrarse persona alguna que no hubiera conocido al maestro don Gonzalo Castañeda.

El que estrechó su mano, quien haya conversado con él, no pudo olvidarlo; menos podemos olvidarlo los que fuimos sus discípulos, los que escuchamos de sus labios enseñanzas producto de experiencia hecha con talento, preparación y trabajo agotante, todo ello con gran sentido humano.

Nosotros seguimos sintiéndole muy cerca, a través de sus libros, de sus innumerables comunicaciones científicas, de sus frases oportunas, precisas, sabias; en la charla, en la cátedra, en la cabecera de los enfermos, en los casos difíciles. Cuando concentrando su atención en el estudio del enfermo razonaba precisa y sabiamente, sentíamos como si su cerebro, al trabajar, produjera luz, nos llevaba poco a poco con absoluta firmeza al diagnóstico y en el diagnóstico le preocupaba mucho el conocimiento integral del enfermo, pero nos decía que era preciso hacer también el diagnóstico sociológico. "¿Cómo podrían ustedes recetar cosas caras a los que apenas tienen para comer? y ¿a dónde podrían ustedes mandar a esos pobrecitos a operarse?"

Le inquietaba la injusticia social; nos recomendaba ser mejores con los pobres.

Me parece como si estuviera aquí, escuchando con atención los adelantos de la ciencia, ávido de saberlo todo, precavido para aceptar algunas cosas y opinando con precisión y verdad.

* Leído en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina la noche del 5 de noviembre de 1952, en que se rindió homenaje al Dr. Castañeda y se descubrió su retrato en el salón de actos.

No creo haber escuchado de sus labios maledicencia o crítica de los demás y sí, en cambio, cuando discutíamos sobre alguien y poníamos pasión en la crítica, nos recordaba la frecuencia con que el ser humano se equivoca, y nos decía: "Lo útil es corregir el error, no criticarlo".

De consejos útiles, de sabiduría, están llenos sus libros, sus comunicaciones que han sido numerosas y que, si han tenido sabiduría científica, tienen también gran dosis de sentido humano. Al leerlos tiene uno la sensación de estarlo oyendo hablar.

El maestro Castañeda nació en un pueblito del Estado de México; sus padres, campesinos, rara vez salieron de su pueblo, pero él nació con grandes ansias de saber y fué a buscar a Europa las fuentes del progreso científico; estuvo en Inglaterra, en Alemania y en Francia por temporadas largas, y ya de vuelta en México, fué a la provincia, donde pagó con su trabajo eficaz y cuidadoso la deuda que tenía con su pueblo, por haberlo educado.

Más tarde, en México, en la Cátedra de Clínica Quirúrgica, se colocó en primera fila y todavía se recuerda su brillante clase de Clínica, tanto en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, como en el Hospital Militar, pero su cuartel general lo fué el Hospital de Jesús. Todavía en vida se colocó una placa con su nombre en la sala en donde trabajó tantos años y dejó la huella firme de su talento, de su amor al pobre, de su afecto a la juventud y de su gran amistad para nosotros los que trabajamos a su lado.

Es costumbre enlutar el cuerpo y el espíritu para recordar a los que ya se han ido, pero yo no puedo hacerlo y sí siento gran alegría al recordar al maestro Castañeda, lo saludo todos los días al llegar al Hospital de Jesús en donde tenemos su retrato, y quisiera hoy saludarlo también con gran alegría en unión de ustedes, señores académicos, al recibir la visita permanente del maestro Castañeda.